



BIBLIOTECA

PA9261

E3

M358

V-2

*Esta obra es propiedad de la Casa
Editorial Maucci, de Barcelona.*

Tipografía de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona.



LOS MAIAS

VIII

A la mañana siguiente, á las ocho en punto, el break de Carlos se detenía ante la puerta de Cru- ges. Pero el criado volvió con la rara noticia de que el maestro no vivía allí. ¿Dónde demonios vivía, pues, Cru- ges? El portero dijo que ahora habitaba en la calle de San Francisco. Durante un momento, Carlos, desesperado, pensó marchar solo á Cintra. Después fué hacia la calle de San Francisco, maldi- ciendo al maestro que se mudaba sin avisar. Era un hombre raro y misterioso. Carlos nada sabía de su pasado. El marqués le llevó una noche á Ramillete diciendo al oído de Carlos que allí estaba un genio. Encantó á todos por su modestia y por el arte con qué tocaba el piano y en Ramillete todos le llama- ban *maestro* y afirmaban que Chopín no escribió nada comparable á la *Meditación de Otoño* de Cru- ges. Dámaso dijo á Carlos que el músico vivía con su madre, una señora viuda, que tenía solares en Baixa.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1925 MONTERREY, MEXICO

En el portal de la calle de San Francisco, Carlos tuvo que esperar una hora. Primero apareció una criada desgredada que miró con atención el break y los caballos; después un criado en mangas de camisa que traía una maleta y una manta. Y por fin bajó el maestro, á gran velocidad, casi á empujones, abrochándose el gabán.

Cuando estaba en los últimos escalones se oyó una voz chillona de mujer que gritaba:

—¡Que no se te olviden los quesos!

Cruges tomó asiento junto á Carlos y explicó á éste que con la preocupación de levantarse temprano había tenido un insomnio abominable...

—Pero ¿qué idea has tenido de cambiar de casa sin avisar á la gente, hombre?—exclamó Carlos echándole un *plaid* sobre las rodillas, porque el maestro parecía transido de frío.

—Es que esta casa también es nuestra—dijo simplemente Cruges.

—¡Vaya una razón!—replicó Maia riendo. Partieron.

Era una mañana muy fresca, azul y blanca, sin una nube, con un hermoso sol que no calentaba y que adornaba calles, fachadas y suelo con alegres barras de claridad dorada. Lisboa despertaba lentamente y en el aire vibraba un toque de misa.

Cruges, después de arreglar el tapabocas y de abrocharse los guantes dirigió una mirada al espléndido tronco de alazanes cuya piel relucía como raso bajo la plata de los arreos, á los cocheros, que ostentaban ramos en las libreas, á todo aquel lujo correcto que rodaba en cadencia, y le pareció que su gabán ponía una mancha en tan lindo cuadro. Lo que más le impresionó fué el aspecto resplandeciente de Carlos, su mirada ardiente, su color sano y su aire jovial y robusto que le hacía parecer, á pesar

de su cazadora á cuadritos castaños, á un héroe joven conduciendo su carro de guerra... Cruges rastreó una aventura y no contuvo la pregunta que desde la víspera le escarabajaba el cuerpo:

—Con franqueza, ¿qué idea es ésta que te lleva á Cintra?

Carlos bromeó. ¿Juraba el maestro guardar el secreto por el alma melodiosa de Mozart y por las *fugas* de Bach? Pues bien, la idea era ver Cintra, respirar el aire de Cintra, pasar un día en Cintra... ¡Pero, por el amor de Dios, que no lo revelara á nadie!

Y añadió, riendo:

—Déjate llevar, que no te has de arrepentir.

No, Cruges no se arrepentía; gustábale aquel paseo, gustábale Cintra... aun cuando no la recordaba bien. Sólo tenía una idea vaga de sus peñascos y de sus fuentes incomparables. Y terminó por confesar que no estuvo en Cintra desde que tenía nueve años.

¡Qué! ¿El maestro no conocía Cintra? Entonces era necesario quedarse allí; hacer las excursiones clásicas; subir á la Peña; beber agua en la Fuente de los Amores...

—A mí lo que me ha de gustar son los Sitiaes; y la manteca fresca.

—Sí, mucha manteca—dijo Carlos.—Y burros, muchos burros, en fin, una égloga.

El break rodaba por la carretera de Bemfica; iban pasando arboledas, quintas, tristes caserones, y todo aquello, árboles, hierbas, flores, encantaba á Cruges, que hacía tiempo que no iba al campo.

Poco á poco se elevó el sol, Cruges se quitó el tapabocas y el gabán y declaró que estaba muerto de hambre.

Por fortuna llegaban á Porcalhota.

Sentía vivo deseo de comer el famoso conejo guisado, pero era demasiado temprano para tal plato, y después de pensarlo bien decidióse por unos huevos revueltos con chorizo. Era cosa que no probaba hacía años y que le daría la impresión de estar en una aldea. Cuando el hostelero con aire de importancia y como haciendo un favor puso los platos sobre la mesa, sin mantel, Cruges se frotó las manos de gusto.

—La gente se estraga la salud en Lisboa—dijo, llenándose el plato del guiso campestre.—Y tú ¿no tomas nada?

Carlos para acompañarle, aceptó una taza de café.

A los pocos momentos, Cruges, que devoraba, exclamó con la boca llena:

—¿El Rhin debe ser también magnífico?

Carlos le miró asustado y riendo. ¿A qué venía hablar del Rhin?... Es que, desde que salieron de Lisboa, el maestro tenía la imaginación llena de viajes y paisajes; quería ver las montañas nevadas, los ríos de que habla la historia. Su ideal sería ir á Alemania, recorrer á pie con una mochila á la espalda aquella patria sagrada de sus dioses, Beethoven, Mozart, Wagner...

—¿No te gustaría más ir á Italia?

El maestro hizo un gesto de desdén, soltó una de sus frases sibilíticas:

—¡Todo contradanzas!...

Carlos habló entonces de un proyecto que tenían con Ega, de un viaje á Italia. Para Ega, era una higiene intelectual; quería calmar su imaginación tumultuosa de nervios peninsular entre la majestad de los mármoles.

—Lo que necesita es un varapalo—exclamó Cruges.

Y habló de nuevo del famoso artículo de la *Gaceta*... Le parecía pura y simplemente insensato, de una estupidez indecorosa. Y lo que le afligía es que Ega, con aquel talento, con aquella imaginación, no hiciera nada...

—Nadie hace nada—dijo Carlos desperezándose. ¿Qué haces tú?

Cruges, después de un momento, murmuró encojiéndose de hombros:

—Si hiciese una buena obra, ¿quién me la representaría?

—Y si Ega hiciese un buen libro, ¿quién se lo leería?

El maestro acabó por conceder:

—Este es un país imposible... Me parece que también voy á tomar café.

Los caballos habían descansado, Cruges pagó y marcharon.

De allí á poco penetraron en la landa que les pareció interminable. A ambos lados se extendía un yermo triste cubierto por un cielo que parecía triste también. El trote acompasado de los caballos batía monótonamente el camino. Nada turbaba el silencio. Pocas veces pasaba un pájaro, con vuelo brusco, huyendo de aquella llanura agreste. Dentro del break dormía uno de los criados. Cruges, miraba melancólicamente la grupa lustrosa de los caballos.

Carlos pensaba en el motivo que le llevaba á Cintra. En realidad no sabía de fijo por qué iba. Hacía unas dos semanas que no había visto cierta figura que tenía un paso de diosa pisando la tierra, y que no veía el negro profundo de sus ojos fijándose en los de él. Suponía que estaba en Cintra y á Cintra iba... No esperaba nada, no deseaba nada. No sabía si la vería. Tal vez hubiese ya partido. Pero iba de todos modos... y sentía cierta dulzura en el corazón

pensando en ella... Pensó también que era fácil que en Lawrence cruzase de pronto por un corredor, rozase quizá su vestido, oyera su voz. Si estaba en el hotel de fijo que comería en la mesa redonda, en aquella sala que él conocía tan bien, que ya deseaba ver... Ella entraría allí, con su noble paso de Diana rubia, y el buen Dámaso le presentaría su amigo Maia; aquellos dos ojos negros que viera de lejos como dos estrellas, se fijarían más despacio en los suyos; y muy sencillamente, á la inglesa, ella le alargaría la mano...

—¡Gracias á Dios que llegamos! —exclamó Cruges.

Estaban junto á las primeras casas de Cintra, había ya verdura junto al camino y les azotaba el rostro el primer soplo fresco y fuerte de la sierra.

Y al paso penetró el break bajo los árboles de Ramalhao. Como la paz de las grandes sombras, les envolvía poco á poco un lento y acariciador susurro de ramajes.

Las paredes estaban cubiertas de yedra y musgos; á través del follaje fulguraban largas flechas de sol. Un aire sutil y aterciopelado acariciaba las plantas tiernas y aquí y allá en lo más espeso del follaje, los pájaros cantaban y por todas partes reinaba la religiosa solemnidad de las pobladas arboledas, la frescura distante de las aguas vivas... Cruges respiraba amplia y voluptuosamente.

—¿Dónde está Lawrence? ¿En la montaña?—preguntó de pronto, asaltado por la idea de pasar un mes en aquel paraíso.

—No vamos á Lawrence—dijo Carlos avivando el paso de los caballos; vamos á Núñez, estaremos mucho mejor.

Era una idea que se le había ocurrido apenas entrara en el barrio de San Pedro y el break empezara á rodar por aquellas calles donde podía verla

impensadamente. Le había acometido una repentina timidez pensando que, aun cuando ella no le reconociese, la seguía de aquel modo y trataba de ocupar un sitio en su misma mesa... Al mismo tiempo le repugnó la idea de ser presentado por Dámaso: se le figuraba ya en traje de campo, esbozar un ademán ceremonioso para mostrar *su amigo Maia*, tratarlo de tú, afectar intimidad con ella devorándola con ojos tiernos... Sería intolerable.

—Vamos á Núñez, se come mejor.

Cruges no contestó; mudo, embelesado, recibiendo como una impresión religiosa de aquel esplendor sombrío de la arboleda, de los picos fragosos de la sierra entrevistos un instante por sobre las nubes, del aroma que aspiraba con delicia, del susurro suave de las aguas que bajaban hacia el valle...

Sólo al ver el palacio despegó los labios.

—Sí, señor; tiene *cachet*.

Fué lo que más le agradó, aquel macizo y silencioso palacio, sin florones ni torres, patriarcalmente asentado entre el caserío de la ciudad, con sus bellas ventanas manuelinas que le daban un aspecto majestuoso, á sus pies, frondoso y fresco el valle y en lo alto las dos chimeneas enormes, disformes, resumiendo todo, como si aquella residencia fuese toda ella una cocina hecha para satisfacer la gula de un rey que cada día se traga un reino...

Apenas se detuvo el coche á la puerta de Núñez, fué á darle una ojeada, tímida y de lejos, temiendo alguna palabrota del centinela.

Carlos, entre tanto, habló al criado del hotel.

—¿Conoce usted al señor Salcede? ¿Sabe si está en Cintra?

El criado conocía perfectamente al señor Salcede. La víspera le vió entrar en los billares con un caballero de barba muy negra... Debía estar en Law-

rence porque á Nuñez sólo acude cuando va con mozas de tronío.

—Bueno. ¡Denos dos habitaciones!—exclamó Carlos con alegría infantil, ahora que tenía la seguridad de que *ella* estaba en Cintra.—Y una habitación particular para almorzar.

Cruges protestó. Era más divertida la mesa redonda.

—Bien—contestó Carlos riendo,—pon el almuerzo en el comedor, ponlo si quieres, en la plaza... ¡Y mucha manteca fresca para el señor Cruges!

Cruges subió al primer piso, seguido de Carlos, mientras el cochero y el camarero del hotel cuidaban del break y de los caballos. Al llegar al comedor, Cruges se asomó y dió un grito de asombro.

—¡Eusebio!

Carlos corrió, miró... Era él, Eusebio, acabando de almorzar, con dos muchachas españolas.

Estaba en la cabecera de la mesa, como presidiendo, ante los restos de un pudding y de platos de fruta, despeinado, con la cinta de los lentes negros pasada por detrás de la oreja y con un parche negro en el cuello, tapando alguna espina reventada.

Una de las españolas era una mujerona trigueña, picada de viruelas; la otra era paliducha y tenía una roseta de fiebre en la mejilla, que los polvos de arroz no acertaban á disimular. Ambas vestían de raso negro y fumaban. Vistas á la luz del día parecían mustias, ajadas, como si se desprendiese de ellas un vaho de alcoba. Un sujeto bajo, rechoncho, sin pescezo, de espaldas á la puerta y con la cabeza casi metida en el plato, babeando una naranja, pertenecía también al grupo del viudo y las españolas.

Durante un momento Eusebio quedó sorprendido, inmutado, con el tenedor en el aire, después se levantó, estrechó la mano de sus amigos y murmuró

una justificación un tanto embrollada: el médico le mandara cambiar de aires y el sujeto que le acompañaba se empeñó en traerse un par de mozas. Y nunca pareciera tan fúnebre, tan enmirriado como al soltar aquellas hipocresías.

—Has hecho bien. Eusebio—dijole Carlos dándole palmaditas en el hombro.—Lisboa está hecha un horror y el amor es cosa muy dulce.

El otro continuaba justificándose. Entonces la española delgaducha, que fumaba muy seria, levantó la voz y preguntó á Cruges si no la reconocía. Cruges vaciló un momento y luego fué hacia Lola con los brazos abiertos. Y se pronunciaron frases en español: “¡Hombre, no se le ha visto! ¡Mira, me he acordado de til ¡Carambal ¡Qué reguapa estás!...”, Después la señorita Lola, tomando un continente digno, presentó al marimacho, la señorita Concha...

Viendo aquello, impresionado por tanta familiaridad, el sujeto rechoncho, que no levantara la cabeza ni la vista del plato, se decidió á examinar á los amigos de Eusebio, y alzando el rostro ancho y repugnante, miró detenidamente á Cruges y después á Carlos, con impudencia tranquila.

Eusebio presentó á su amigo Palma, y su amigo Palma, oyendo el nombre conocido de Carlos de Maia, quiso demostrar delante de un gentleman que era un gentleman también. Arrojó la servilleta, apartó la silla y extendiendo á Carlos los dedos plácidos y de uñas roídas, exclamó indicando los restos de la comida:

—Si S. E. gusta, sin cumplidos... Aquí, en el campo, es preciso llenar la barriga...

Carlos dió las gracias é iba á retirarse; pero Cruges, que bromeaba con Lola, quiso presentarla:

—Carlos, quiero que conozcas la lindísima Lola,

amiga antigua, y la señorita Concha que acabo de tener el placer..

Carlos saludó respetuosamente á las señoras.

El marimacho de Concha pronunció secamente un "buenos días.. Parecía de mal humor, amodorrada, con los ojos pestañudos medio cerrados, ora fumando, ora escarbándose los dientes. Lola se mostró amable y fina. Se levantó y ofreció á Carlos su mano sudada. Y después, tomando de nuevo el cigarro declaró, con una mirada cariñosa, que conocía de antiguo á Carlos..

—“¿No ha estado usted con Encarnación?,”

Sí, Carlos tuvo esa honra... ¿Y qué era de ella, de la linda Encarnación?

Lola sonrió con finura. No creía que Carlos ignorase el paradero de Encarnación. Al fin acabó por declarar que Encarnación estaba ahora con Saldaña.

—Pero no crean ustedes que se trata del duque de Saldaña,—exclamó Palma, que continuaba en pie y liaba un cigarrillo.

Lolita, en tono seco, afirmó que Saldaña no era duque, pero sí “un chico muy decente...”

—Sí,—replicó Palma lentamente, sacando los fósforos—con esas señas le dí un par de bofetadas, aun no hace tres semanas. Fué en Montaña... Pregunta á Gaspar... Gaspar lo vió.. El sombrero le fué á parar al arroyo... El señor Maia debe conocer á Saldaña... También tiene un cochecito y un caballo.

Carlos hizo un ademán negativo y se disponía á despedirse cuando á Cruges le dió la humorada de preguntar cuál de las dos damas era *la esposa del amigo Eusebio*.

Interpelado tan directamente, el viudo masculló unas palabras de las que se desprendía que él esta-

ba allí como de paseo, que no tenía esposa y que las dos muchachas pertenecían al amigo Palma..

Aun no había acabado, cuando Concha se levantó hecha una furia, como si fuera á saltarle encima, y dando un puñetazo en la mesa, desafió á Eusebio á que repitiera aquello. ¡Quería que lo repitiera! Quería que dijese si se avergonzaba de ella, si no era cierto que la trajo á Cintra.. Y como Eusebio trataba de echarlo á broma, le soltó una andanada de insultos de los más soeces. Lola quería calmarla, pero el marimacho, más excitado cada vez, dió salida á toda la bilis, llamóle gorrino, marica y otra porción de lindezas.

Palma afligido, echado sobre la mesa, exclamaba:

—Oye, Concha... ¡Escucha!... ¡Deja que te explique!...

De pronto la española se lanzó fuera de la sala como un cohete y se oyó una puerta que se cerraba con estrépito. En el suelo había quedado un jirón de mantilla de blonda.

El criado que entraba por la otra puerta con la cafetera, se detuvo para ver aquella escena, pero viendo que ya había terminado sirvió el café.

En cuanto se marchó el camarero, Lolita y Palma arremetieron contra Eusebio. ¡Se había portado muy mal! ¡Aquello no era de caballero! Ya que trajo á la muchacha á Cintra debía respetarla y no renegar de ella ante sus amigos..

—“Esto no se hace,”—decía Lolita, de pie, gesticulando, dirigiéndose á Carlos.—“¡Es una cosa muy fea!”

Y como Cruges lamentaba, sonriendo, haber sido la causa involuntaria de la catástrofe, Lola dijo que Concha era una furia, que fué de mala gana á Cintra y que desde por la mañana tenía un “humor de perros..”

El pobre Silveira, con la cabeza baja y las orejas coloradas, agitaba desesperadamente el café con la cucharilla; no se le veían los ojos, ocultos por las gafas negras; pero se oía su respiración anhelante, como si fuera á romper en sollozos. Palma de pie, con el chaleco desabrochado, hizo en tono sentencioso el resumen de aquel disgusto.

—Esto prueba una cosa que vemos todos, y perdóneme usted que se lo diga, Silveira: ¡que usted no sabe tratar con españolas!

Al oír sentencia tan cruel, sucumbió el viudo. Levantóse, se acercó á Cruges y á Carlos, como refugiándose en su amistad, y por fin desahogó su pena con estas palabras:

—Ya ven ustedes. Viene uno aquí para gustar un poco de poesía, y se arma un belén...

Carlos le dió un golpecito en el hombro:

—¡Esta es la vida, Eusebio!

Cruges añadió:

—No hay que fiar en placeres.

Pero Palma, más práctico, declaró que era preciso poner paz. Se iba al campo para divertirse y bromear y disfrutar. No para recibir coces. Tanto valía sino quedarse en Lisboa, que era más barato.

Acercóse á Lola, le acarició la barbilla y le dijo:

—Anda Lolita, ve á ver á Concha... Dilé que venga á tomar café... Apacíguala... Que no sea tonta...

Lolita escogió un par de excelentes naranjas, se arregló el pelo ante un espejo, se recogió la falda, y al pasar dió una ojeada á Carlos, sonriéndole.

Apenas quedaron solos, Palma se volvió hacia Eusebio y le dió consejos muy serios acerca del sistema de tratar á las españolas... Era necesario mimarlas, atenderlas; y esto hacía que todas se pirrarán por un portugués, pues en España se las maltrata... En fin, no quería decir esto que en ciertos

casos no conviniera soltarles un par de moquetes y hasta un par de palos... Se debía pegarles cuando se ponían cargantes.. Entonces sí. Unos bofetones... Pero luego, finura, cariño, delicadeza...

—Fijese en lo que le digo, Silveira. Créame; tengo experiencia. Puede decirle el señor Maia si no es así, pues él también tiene experiencia y sabe vivir con españolas!

Esto fué dicho con tanta convicción y respeto que Cruges se echó á reír é hizo reír también á Carlos.

El señor Palma, un tanto amoscado, se arregló los lentes y les miró:

—¿Los señores se ríen? ¿Creen que presumo? No. Desde los quince años empecé á bregar con españolas. ¡No, no se ríen! que á esto nadie me gana... Nadie me gana en eso de tratar con españolas, y crean que no es cosa fácil. Es necesario tener cierto talento... Miren, Herculano escribe artículos preciosos, es un estilista... Pero que le hagan habérselas con españolas y ¡veremos!...

Eusebio se había aproximado dos veces á la puerta, para escuchar. Reinaba completo silencio en el hotel. Lolita no volvía. Entonces Palma aconsejó un paso decisivo:

—Vaya usted á su habitación, Silveira, y sin preámbulos acérquese á ella...

—¿Y mojicón al canto?—preguntó Cruges muy seriamente, mirando á Palma.

—¡Qué mojicón ni qué ocho cuartos! No, hombre, no... En tal caso se pide perdón... Y como pretexto, Silveira, llévele usted mismo el café.

Eusebio consultó con mirada ansiosa á sus amigos, por más que su corazón ya había hablado. Y al cabo de un instante, con el jirón de mantilla en una

mano y la taza de café en la otra, asustado y conmovido, salía al corredor para pedir perdón á Concha.

Detrás de él Carlos y Cruges dejaron el salón sin despedirse de Palma que, indiferente á cuanto pudieran hacer los amigos de Eusebio, había vuelto á sentarse á la mesa para preparar su grog.

Eran las dos de la tarde cuando ambos amigos salieron del hotel para hacer aquella excursión á Sitiaes, que atraía á Cruges. En la plaza, delante de las tiendas vacías y silenciosas, perros sin dueño dormían al sol: á través de las rejas de la cárcel los presos pedían limosna. Chiquillos bien vestidos y otros harapientos, jugaban por los rincones, y las mejores casas tenían las ventanas cerradas, continuando su sueño de invierno entre los árboles ya verdes. De trecho en trecho aparecía un trozo de sierra, con su muralla almenada, corriendo por sobre los peñascales, ó veíase el castillo de la Peña, solitario, en lo alto. Y por doquiera el aire perfumado de Abril parecía acariciar con su soplo aterciopelado.

Cerca del hotel Lawrance, Carlos acertó el paso y mostró el edificio á Cruges.

—Sí,—contestó el maestro;—es más agradable que el otro; pero tengo para mí que valía la pena de ir á Núñez sólo por el gusto de presenciar aquella escena... ¿De modo que don Carlos de Maia entiende en achaque de españolas?

Carlos no apartaba sus miradas de la fachada, que tenía una sola ventana abierta. Dos ingleses jóvenes chupaban en silencio sus pipas, y enfrente, sentados en un banco de piedra, dos borriqueros les miraban y sonreían como seguros de su presa.

Carlos iba á continuar; pero creyó oír el sonido melancólico de una flauta, y se detuvo, recordando que Dámaso le dijera que Castro Gomes tocaba la flauta á bordo...

—¡Esto es sublime!—exclamó á su lado Cruges conmovido.

Se había detenido en el sitio desde donde se domina el valle y miraba la rica vestidura de una arboleda apretada, cubriendo el declive de la sierra. A distancia, en plena luz, aquellos árboles tenían la suavidad de un musgo gigantesco. Entre aquella espesura verdinegra, surgía la blancura de una casa, que tenía un aire de augusto reposo, bajo seculares sombras... Le asaltó por un momento una idea de artista: deseó habitarla con una mujer, un piano y un perro de Terranova.

Pero lo que más le embelesaba era el aire. Abría los brazos, aspiraba con delicia:

—¡Qué aire! ¡Esto da salud, muchacho! ¡Esto hace revivirl...

Y para gustar mejor aquel encanto, se sentó sobre una pared medio derruida, frente á una alta terraza escalonada, cuyos árboles seculares sombreaban los bancos del jardín y extendían sobre el camino la frescura de su ramaje, del que se escapaba un interminable piar de pájaros. Y como Carlos le enseñaba el reloj, las horas que huían, para ir á ver el palacio, la Peña, las demás maravillas, el maestro declaró que prefería estar allí, oyendo correr el agua, á ver monumentos antiguos...

—Cintra no es un montón de piedras vetustas, ni de edificios góticos... Cintra es esto, un arroyo, una extensión de verdura... ¡Esto es un paraíso!...

Y satisfecho y alegre, repitió su broma:

—Su Excelencia debe saberlo, señor Maia, ya que tan bien conoce á las españolas...